

LA MARIPOSA

I

Walter Scott, que en su novela de *El Capitán Aventurero* nos regaló con un solemne *vizcaino*, tan claro y tan rotundo como los que suelen echar algunos de nuestros jóvenes —aunque no de los que pertenecen a la buena sociedad—, era un escocés francote y campechano, de aquellos que nos pintan las leyendas, pero tierno y delicado hasta decir no más, cuando le daba la gana: gran poeta, aunque no hacía muchos versos, y, sobre todo, grande observador y profundo conocedor del corazón humano. Deleitábase en contemplar el cuadro que ofrece una bandada de rapazuelos cuando salen de la escuela, unos corriendo, otros saltando, aquéllos dándose de mojicones, éstos tirando piedras, cuál mordiendo un pedazo de pan que saca del bolsillo, y cuál limpiándose los.... (pudieran nombrarse, con perdón del lector, que esto no es tan grave como lo de la interjección aquélla) con la grasienta manga de la chaqueta. Ocasión es esta, por cierto, favorable para observar en un primer momento de libertad, los instintos y el carácter individual de cada uno de aquellos polluelos todavía implumes, como el político filósofo juzga de lo que pueden ser los pueblos por el uso que hagan de su libertad recién adquirida: unos, inquietos y belicosos, no tendrán nunca paz ni consigo mismos, y se destruirán como el escorpión después de haber engendrado un enjambre de escorpioncillos; otros, pacíficos e industriosos, buscarán su fortuna en el trabajo y la virtud, aprovechándose de las lecciones prácticas de la experiencia y de la historia; aquéllos, indolentes y perezosos, noveleros y amigos de teorías brillantes pero estériles y tal vez ruinosas, disputarán sobre los sistemas y las doctrinas de los introductores y modistas políticos, sobre si las instituciones deben tener el talle largo de la absoluta libertad, o la manga estrecha

de la restricción; y mientras discuten, como los conejos de la fábula, se hallan con que el día menos pensado vuelven a ser esclavos del primer perro galgo que llega.

Yo no sé si el autor de *Ivanhoe* y de *Lucia de Lammermoor* contemplaría también alguna vez el espectáculo que ofrece el bullicioso juego de la *mariposa*, o sea la *gallina ciega*. Es posible que él mismo, cuando todavía no bullía en su imaginación la hermosa Rebeca, ni Ricardo Corazón de León o lady Rowena le habían hecho tajar muchas veces la pluma, anduviese vendado y tonteando en busca de sus locos compañeros, que le gritarían en inglés: «*Tocino, tocino!*—mariposa en qué estás? Dá tres vueltas y nos encontrarás». De seguro el inimitable pintor de Diana de Vernón no se acordó, o no quiso describir estos juegos infantiles; y si él lo hubiera hecho, bien me guardaría yo de mencionarlos hoy en este brevísimo recuerdo de mi juventud, que se liga íntimamente con una aventura, aún más, con la suerte de un amigo muy querido.

Era una tarde de septiembre, dorada y serena, llena de frescos aromas y de inciertas armonías; y era un vallecito estrecho, rodeado de espesos setos y humildes colinas, por en medio de las cuales se abría húmedo paso una de las innumerables fuentejillas que por los campos del Norte corren sin cesar en giros tortuosos, fertilizando aquella tierra virgen todavía y engalanada con sus *chites* y arrayanes silvestres. Once personas, entre muchachos y muchachas, nos solazábamos en aquel palenque cerrado por la naturaleza, recinto misterioso donde las ninfas de Calipso no se habrían desdeñado de retozar, y dábamos la espalda al sol, que, como sofocado por su mismo calor y deseando bañarse en el mar, se había desnudado de su vestido esplendente, y sólo presentaba el aspecto de una ascua inmensa, o de una fatídica mancha en el horizonte. No hay estoicismo que se resista a admirar y a temer secretamente la vista de ese sol de verano, marchito y casi muerto en la apariencia. ¿Será esa la escena de aquel último día sin sol, de Zorrilla? Y ¡qué tremenda bola es el tal sol visto así, cara a cara, y cubriendo con su manto de púrpura!

Decía que éramos once muchachos, porque el mayor de los que allí estábamos no pasaba de veinte años

y por consiguiente no había entre nosotros ni un solo ciudadano capaz de pensar en elecciones, siendo, además, todos solteros. Y como no es necesario cierto *quorum* para la *gallina ciega*, que puede jugarse tan bien entre dos como entre ciento, habíamos resuelto, casi por unanimidad, que fuese esta la diversión de la tarde, haciendo constar su voto negativo una de las niñas que se había lastimado un pie y no podía correr: ella estaba, como era natural, por el juego pacífico y tranquilo de *ande la llave*, en que se forma un círculo vicioso de manos que dan y reciben un pequeño objeto cualquiera.

Hecha la elección del que había de vendarse y practicadas todas las operaciones del caso, con sus respectivas preguntas, se le hicieron dar las tres vueltas de ordenanza a la mariposa, a fin de desorientarla, y un estruendo de palmadas y gritos vino a distraer de su apacible plática a las mamás, que con sus sombreros y pañolones formaban vistoso grupo, sentadas al pie de un coposo salvio. ¡Qué ruido, qué estrépito, qué risas! Coge aquí, corre allí, tropezones, encuentros, caídas.... y al fin de todo, alguna muchacha presa entre las garras del ciego milano que no la suelta!... ¿Es esta la imagen fiel del mundo y de la caprichosa fortuna, vendada lo mismo para el bien que para el mal? Si la mariposa es una muchacha y el preso es un mancebo, los papeles se truecan, pero la escena es la misma, el emblema idéntico: siempre mariposas que atrapan a otras mariposas.

Háblale tocado la suerte a Adolfo, el amigo de mi niñez, el predilecto entre todos los mariposas pasados y presentes. Bello era el muchacho: largos rizos negros le bajaban por la frente, grandes ojos azules, lánguidos y rasgados, la dentadura parecía de un niño de tres años, color terso y limpio, buenas y atléticas formas y veinte años no cumplidos. Ya se deja adivinar que las niñas que querían atolondrarlo con sus gritos, aunque inocentes y tímidas como unas corderillas, hubieran deseado, sin género alguno de malicia, ser atrapadas por Adolfo: lo que no impedía, sin embargo, que huyesen más veloces que una gacela cuando se les acercaba y se escapasen de sus manos como una bola de jabón.

No creo que hubiese alguna afición seria entre aquellas palomas campesinas, pero una casualidad imprevista, aunque muy natural, vino a hacer de este inocente recreo la causa de una pasión extrañísima por su naturaleza anónima y vaga, y a decidir de la suerte de mi amigo. En la suave pendiente cubierta de grama, que formaba el lecho de la fuentecilla de que he hablado, se encontraban varias de las niñas que *toreaban* a Adolfo. Este se abalanzó hacia el grupo de donde partían las provocaciones, y el impulso que dio a su cuerpo en el declive lo hizo dar con él sobre tres o cuatro de las muchachas. Una de ellas se vio próxima a sumergir los pies en el agua, y, prefiriendo ser cogida, permaneció queda, procurando abrir los brazos para desviar a Adolfo; llegó éste dando tumbos y hubo de abrazarla involuntariamente, y... sus labios vinieron a encontrarse con los de su víctima... El primer movimiento de Adolfo, luego que ésta prontamente se deshizo de sus brazos por un esfuerzo desesperado, fue llevarse las manos a la frente y permanecer un momento quieto y como herido por un rayo; ocurrióle luego quitarse la venda para saber quién era aquel ángel cuyos labios, más tersos y más suaves que los pétalos de una rosa, habían tocado los suyos, inoculándole un dulce veneno que corría ya por su sangre. Pero inútil empeño: la incógnita asesina se había mezclado ya con sus compañeras, y no era posible adivinar quién fuese. El pretendía que la cogida debía presentarse para ser vendada, según las leyes del juego; pero la turba femenil, que estaba en mayoría, decidió negativamente, puesto que Adolfo no había tenido la suficiente firmeza para retenerla, y, castigado de este modo, tuvo que continuar haciendo el papel de la Fe, si bien caviloso, meditabundo y desmayado con el recuerdo del lance que acababa de pasar.

Inútil es decir que al cabo de un rato, la noche, que venía más de prisa de lo que hubiéramos querido, el frío que ya se hacía sentir y las campanas de la vecina aldea que, tocando a oración, daban también la señal de retirada, hicieron que los pastores de aquella bulliciosa manada la llamaran al redil: quiero decir que a las voces repetidas de las graves mamás hubimos de suspender el alboroto y tomar el camino de la

casa en medio de la algazara y alegría en que reboábamos.

Vanos fueron los esfuerzos de Adolfo para descubrir a la que tanto bien y tanto mal le había hecho en un solo instante. ¡Cómo descubrirlo! No era posible preguntarlo a las niñas, ni éstas habían podido sospechar el íntimo secreto del lance, que pasó como un relámpago, y además de esto, no era de esperarse una traidora delación de parte de alguna de ellas. Hubo pues de permanecer éste sepultado en el más hondo misterio.

II

Cerremos ya este cuadro, cuya descripción de aquí para adelante es innecesaria. Demos por terminado el paseo, y vuelto cada uno a su casa y a sus quehaceres, conservando más o menos vivos los recuerdos de aquel día de campo. La espina, sin embargo, permanecía siempre en el corazón de Adolfo, y mientras más esfuerzos hacía por sacarla, más la enconaba. Visitaba éste diariamente con íntima franqueza las casas de las familias que habían formado parte de la excursión, como que eran casi todas parientas suyas, aunque no muy cercanas; pero nada pudo descubrir en mucho tiempo, ni por las miradas, ni por las palabras, no obstante que espiaba hasta los menores movimientos, hasta los más insignificantes gestos.

Estas horas dichosas, semejantes a las que acompañaban en la antigua mitología el carro de la Aurora, vuelan, vuelan sin cesar, derramando flores sobre la tierra, cantando y danzando. Más tarde, cuando pasada la estación de las ilusiones y la cosecha de las risas, siente el hombre aproximarse el hielo de la edad madura; cuando huye de él la poesía, y cuando la naturaleza, en vez de inspiraciones, le presta sólo recuerdos; cuando ve mucho en el pasado, nada en el presente, todo en el porvenir, pero en otro orden de cosas; en fin, cuando el joven ya decaído, tal vez achacoso, tal vez lleno de canas prematuras, no juega ya a la mariposa ni halla en sí fuerzas para trepar por los riscos y saltar por los torrentes; todos esos campos, esos sitios risueños en que estuvo en otro tiempo le parecen tristes, solitarios, demudados como él: es la vista de un

cementerio, lleno de memorias, de suspiros, quizá de lágrimas, en donde sólo reina la melancolía.

Tal me ha sucedido a mí, cuando, después de algunos años y de muchas penas y desventuras, entrado ya en la edad de la reflexión y de la seriedad, he vuelto a ver aquellos sotos, aquellas fuentes: todo diverso, todo cambiado! Al bosquecillo frondoso ha sucedido una huerta prosaica que trajo y plantó allí la civilización; la fuente se canalizó para un molino, despojándola arbitrariamente, y sin oírla, de sus joyas y galas más queridas, de los arbustos que le daban sombra, de las piedrecillas y guijarros de su lecho, de la verde grama que alfombraba sus orillas, de sus flores, de su musgo y helecho, en que formaba misteriosos y ocultos retretes. A la rústica cerca de toscas piedras ha reemplazado una pared implacable de tierra pisada, cubierta de teja. La cascada espumosa se deshizo porque la roca por donde se precipitaba, removida de su lecho secular, barrenada y sometida al impulso destructor de la pólvora, saltó en mil pedazos!.... Los árboles sucumbieron al golpe del hacha para dar pábulo a las llamas.... En fin, la decoración de aquel paisaje nemoroso ha cambiado totalmente, cual si la mano letal de un encantador hubiese tocado todos esos objetos.

Diez años después de la escena que he descrito volví como a recoger mis pasos por aquellos lugares. ¡Qué diferentes los hallé! ¡Se me oprimía el corazón! En vez de la alegre algazara que había atronado mis oídos, en lugar de aquellas caras risueñas y de aquellas risas juveniles, sólo vi en el dichoso vallecito una choza miserable, oculta entre *arbolocos*, sin más adorno que las flores amarillas de un alcaparro, ni más perfumes que los que, a la caída de la tarde, se exhalaban de un *borrachero* triste y desmedrado. Una niña como de siete años, que llevaba de la mano a un chiquillo como de tres, cubiertos de harapos uno y otro, se acercó a mí y me extendió tímidamente la mano. La muchacha lloraba porque su madre se había ido al monte desde muy temprano, y no les había dejado alimento.

—No llores, muchacha, la dije yo conmovido. ¿No ves cómo el chiquillo no llora? —y metí la mano en el bolsillo.

—Mi amo, ya no lloro más, me dijo, creyendo sin duda, pobrecilla! que si lloraba no le daría yo nada.

Saqué unas monedas, y las puse en la mano de aquel astroso angelito. Y alejándome fui a internarme por aquellas breñas y quebradas agrestes que tanto me cautivaban en un tiempo, y que ahora me servían de mortificante torcedor. La naturaleza es un libro cuyas prim-*ras* páginas están llenas de historias risueñas y de poesía, pero las últimas!....

III

Promediaba ya el año de 49, y hacía buen rato (cinco años por lo menos) que no veía yo a Adolfo, de quien me habían separado viajes y otras aventuras propias de la edad juvenil. Después de uno de éstos, y al cabo de algunos días de estar él en Bogotá, notéle cierta inclinación amorosa hacia una de aquellas mismas jóvenes con quienes habíamos pasado juntos tan alegres ratos en paseos y tertulias, y cuya amistad habíamos cultivado con esmero, sin más intermitencias en nuestro trato que aquellas a que nos obligaban nuestros propios negocios. Comíamos juntos los dos un día, y al descorchar una botella de excelente jerez amontillado, que tenía cogida entre mis dos piernas, le pregunté involuntariamente si tomaríamos una copa a la salud de Eivira. Sonrióse Adolfo, y animado tal vez por la pueril esperanza de probar el delicioso vino, y por el placer inherente a estas escenas gastronómicas, que producen la expansión del alma y la benevolencia, aun en los más inmóviles germanos, me contestó:

—Sí! tomaremos, que sin invocar el nombre del ángel de la guarda no debe comenzarse cosa alguna.

La explosión del tapón que salió en aquel instante fue la salva con que el jerez y yo saludábamos aquella paladina confesión.

—Bien! le dije, si es preciso invocar alguna musa, a usanza de los poetas, para emprender la tarea nada poética de engullirnos estos dos patos de Funza y esta media docena de tórtolas de Soacha, que has cazado tú mismo, yo invoco desde ahora la musa que a ti te inspira. Ya ves lo que es el mundo: los poetas como tú cantan en sus versos los arrullos de las palomas y los vergeles de Pomona, y en la mesa se comen esas mismas palomas y las lechugas y manzanas de los vergeles.

—¡Nada tiene de extraño! y no hacemos más que imitar a los políticos carnívoro-humanitarios. La amo, no puedo negártelo! ¿Qué podría yo negarte a ti? Desde mi regreso a Bogotá he hallado a Elvira más bella, más amable que nunca! Se ha desarrollado enteramente, y hoy ostenta las gracias de la edad en toda su plenitud.

—Sentiría mucho, repliqué, tomando un aire filosófico y grave, que fuesen esas prendas solamente las que te hubiesen cautivado.

—¡Sin duda que no! Pero me quitas la palabra en lo mejor del tiempo: aún no había concluído. ¿Hay una muchacha de mejor índole, de más suave carácter, más amorosa, más púdica, más virtuosa?

—Oh! es hechicera. Haz la calaverada de casarte con ella, añadí inclinando por segunda vez el cuello de la empolvada botella sobre la copa de Adolfo.

—No está lejos!... Y bien mirado, ¿qué cosa mejor puede hacer un hombre que casarse, conociendo a fondo a la que ha de elegir por compañera; habiéndola estudiado, no de soplillo, como conferencia de *cachifo*, sino muy despacio y con reflexiva atención?

—Sobre todo cuando va acercándose ya la edad de poner el pie en terreno firme, o de echar el ancla, como diría un marino, y pensar en formar para sí mismo y para la sociedad una familia robusta, ilustrada y virtuosa, el solteronaje es cosa detestable.

—Esa es la misión del hombre sobre la tierra. Pero tú eres el diablo predicador. ¿Por qué no haces tú lo mismo?

—¡Tóma que lo haré! Te prometo por esta tercera libación que vamos a hacer juntos, que, si tú me das el ejemplo, no pasará un año sin que yo haya hecho mi elección. ¡A la salud de nuestras queridas!

—A la salud de nuestras esposas!...

Iba a llevar la copa a los labios, cuando improvisamente me detuvo un recuerdo que me contrariaba en extremo.

—¡Hola! dije a Adolfo, ¿y aquella misteriosa desconocida de marras que hizo contigo lo que tú estás haciendo con esa copa?

—¡Oh! eso, fue un sueño, locuras de la juventud! Mucho tiempo amé con delirio aquella visión; pero ¡qué querías que hiciera! ¿Amar una ilusión, suspirar como un tonto por un fantasma? Lo que no entra por los ojos en materia de mujeres, no puede dejar impresiones du-

raderas y profundas. Era sin duda un ángel; pero si aquel ángel se marchó para no volver a ponérsese delante, ¿habría de esperar a buscarlo en la otra vida?...

—Tienes razón; y, si puedes hallar otro ángel en Elvira, y otra boca de rosas como aquélla, no hay más que «abrir la boca y cerrar los ojos», como dicen los muchachos, y como lo hacías tú el día que jugabas a la mariposa. ¡A la boca de Elvira!!...

—Sin embargo, replicó, mascando un trago de aquel oro líquido y fragante, te confieso que no puedo desechiar enteramente de mi memoria aquel ensueño de felicidad, aquella impresión deliciosa que cayó en mi alma como una gota de esas esencias orientales cuyo olor impregna lo que toca y nunca desaparece. Yo no podré olvidar aquel día mientras viva.

—Nada! Es preciso tomar las cosas como vienen y hacer a todo cara de pascua. ¡Conque, buen ánimo y pecho al igual! Tú serás feliz: yo te respondo de ello, y vaya otra copa!

Habiendo hecho la buena obra de dar libertad a aquel vino, por tantos años encarcelado, despachadás las papas, tortas y alcachofas, reducidas a tristes esqueletos las aves, y rendido al filo de la espada el inermepuding, la mesa se levantó, o más bien, nos levantamos nosotros, sacando el limpiadientes y encendiendo un ambalema de *regalia* en el tubo de la lámpara que nos alumbraba, mientras venía el café.

IV

Seis meses después del día de que voy hablando, en que tan solemne compromiso habíamos contraído Adolfo hacía los preparativos para su próximo matrimonio con Elvira. Yo me había encargado de obtener las respectivas partidas de bautismo, de hablar con el cura y dar los pasos necesarios para las dispensas, como también de la compra de algunas frioleras para el menaje de la casa. La víspera del día solemne entró Adolfo en mi cuarto, lleno de alborozo, y con ojos radiantes y el rostro encendido me tendió los brazos diciendo:

Amigo de mi alma, soy feliz, completamente feliz!

—Pues ¿qué hay? —pregunté azorado, quitándome los anteojos.

—He hallado lo que tanto buscaba —esa piedra filosofal que huía de mí, esa visión que se me escapaba. Dicen que el hombre no puede hallar la felicidad en este mundo: yo, yo la he hallado en figura de mujer.

—Ya lo creol.... Pues si mañana te casas....

—Sí, pero no sabes.... era ella, era ella!

—Pero ¿quién es ella?

—Pues ella.... la de la mariposa!....

—Acabáramos! exclamé prorrumpiendo en una carcajada; —conque era ella!.... Venga, pues, otro abrazo, con mil parabienes. Conque ese ángel que tanto tiempo buscaste en vano....

—Era ella misma: acaba de decírmelo, me ha confiado su secreto tan largo tiempo guardado. Ese beso involuntario produjo en su alma cándida y pura el mismo efecto que en mí; pero no tenía ni aun la libertad de quejarse; ha guardado silencio hasta hoy, en que ya es mía, para redoblar después mi dicha con una dulce sorpresa.

—Bravo! La aventura vale un Potosí! Pero.... supongo que ya habrás reconocido que es la misma.

—¡Cállala, vagamundo! Esas preguntas son indiscretas, aun entre amigos.

—Enhorabuena! No hago más preguntas! ¿No te había dado mi palabra de honor de que serías feliz?

Al despedirse, Adolfo notó sobre mi pupitre un papel en que le pareció ver unos versos, y quiso tomarlo para leerlos.

—Anda, le dije, ya los verás después, que no están concluidos.

—Pero dime siquiera cómo se titulan.

—*Las Mariposas*, le contesté.

—En efecto, añadió mirando el papel: o tú estabas pensando en mí, o todo son hoy coincidencias.

—Sí! Todo es providencial para ti. Te aseguro que no pensaba en tal cosa: sólo era mi intento —y bien audaz por cierto— traducir la bellísima *Meditación* de Lamartine, titulada *Le Papillon*, que tú conoces mucho. ¡Qué diez versos, amigo: son diez diamantes! Las palabras de que se componen son un enjambre de mariposillas a cual más lindas y traviesas. ¿Te acuerdas cómo comienzan?

—Si no me engaño son éstos:

Naitre avec le printemps, mourir avec les roses,
 Sur l'aile du zéphyr nager dans un ciel pur;
 Balancé sur le sein des fleurs à peine écloses,
 S'enivrer de parfums, de lumière et d'azur.

.....

—Exactamente! Mi atrevimiento ha querido trasladarlos en humildes y débiles quintillas, que te daré si me prometes no enseñarlas a nadie.

Al día siguiente, que era el de la boda, presenté a Adolfo una cajilla de tafilete que contenía un prendedor de señora: era una mariposa de oro puro, esmaltada de verde y azul, y formaban los ojos dos chispas de brillantes. Item más, una caja hecha de vidrios y cartón, y dentro una espléndida mariposa roja, de las más hermosas de Muzo, con acompañamiento de otros varios insectos de Carare, a cual más bellos y particulares.

—Este es mi regalo de boda para Elvira, le dije. Recordad ella y tú que todos estamos destinados a ser mariposas de otra vida, después de haber sido feas orugas en ésta; orugas que se llaman hombres, si hemos de creer lo que dicen que dijo un señor Dante: *Noisiam vermi da formar l'angelica farfalla.*

Hé aquí los versos que en un billetito muy cuco acompañaban este pobre pero sincero presente de mi amistad:

Nacer con la primavera
 Para morir con las rosas,
 Y en las alas misteriosas
 Del aura por la pradera
 Viajar libres y gozosas;

Mecerse en el seno blando
 De las flores entreabierto,
 Y de una en otra volando,
 En giro vago e incierto,
 Ir sus esencias libando;

Y ebrias de luz y de aroma,
 En su inocente delirio,
 Ver un trono en cada poma
 Y un palacio en cada lirio,
 Donde el cetro de oro asoma;

Y abriendo las tiernas alas,
Que el placer agita y mueve,
Sacudir el polvo leve,
Despojo de hermosas galas,
Que roba el céfiro aleve;

Y acariciar un momento
Una flor y otra, y después,
Raudas como el pensamiento,
Elevarse al firmamento
Ese su destino es!

Del *deseo*, siempre inestable,
Es imagen misteriosa
La volubie mariposa,
En revolar incansable,
En sus gustos caprichosa;

Hasta que al fin, desalado,
Rasgando el mundano velo,
Levanta rápido el vuelo,
Buscando el bien suspirado
En la claridad del cielo.